



LA ENSEÑANZA

EN EL CURSO PREPARATORIO

Liceo de Los Andes, 6 de Mayo de 1910.

Señor Rector:

Tengo el honor de someter a su consideracion las siguientes ideas que me ha sugerido el estudio de los Programas de la Preparatoria, a fin de que, si las estima fundadas, se sirva acoger benévolamente las conclusiones a que llego al término de esta nota.

Los Programas que rijen actualmente para el «Curso Preparatorio» (salvo el de Matemáticas) fueron elaborados en 1903 por don Jorje Enrique Schneider, el recordado profesor de Pedagogía del Instituto Pedagógico. A pesar del tiempo corrido desde entónces, los Programas no han envejecido: conservan, por el contrario, todo su valor. Escritos por un profesional que conocia a fondo las leyes psicológicas en que debia basarse, no podrian elejirse hoi fundamentos distintos de los que él tomó, para redactar otros Programas. Con admirable acierto estableció que, en la preparatoria, debia tener preeminencia el fin formal de la enseñanza, o sea, el cuidado de «despertar, desarrollar i disciplinar las facultades», i terminantemente condenó la pretension de acumular conoci-

mientos sin otro anhelo que el de preparar exámenes tan lucidos como escasos de valor real.

Entre las facultades cuyo ejercicio recomendó con especial interes, colocó en primer lugar la observacion, «descuidada durante siglos enteros», tanto que se ha hecho posible el proverbio relativo al distraido: «Pasa por el bosque i no ve leña para el fuego». Quien habla de enseñar a observar, a mirar i ver, habla tambien de enseñar a reflexionar i expresarse, al mismo tiempo que da a la enseñanza carácter realista, i favorece la naturaleza infantil, cuya curiosidad aviva i guía.

Con sus Programas, el señor Schneider queria librar a nuestras Preparatorias del cargo que se ha hecho, en jeneral, a la enseñanza, de que mata en el niño el deseo de aprender. El niño entra al colejio, se dice, ávido de conocimientos, deseoso de observarlo todo, desmenuzarlo, esplicárselo; i sale del colejio estinguido ese afan, indiferente por los libros i las cosas del mundo, considerando que son sinónimos «estudio» i «tortura». Para que tales reproches sean justos, es preciso que los profesores hayan abusado de los libros, de los «apuntes», hayan forzado la memoria, reemplazando con resúmenes abstractos, el conocimiento elemental de la realidad. Tales cosas han pasado i posiblemente duran en gran parte. Esto, sin duda, es grave error pedagógico. Para no caer en él, no hai sino un medio: apelar a la observacion, i el señor Schneider la señaló como el primer deber del profesorado.

El niño debe empezar a observar, llevado por su maestro, lo que tiene mas próximo a él: su hogar, la sociedad i la natutaleza que lo rodean: esta es la fuente primera de sus conocimientos i de sus sentimientos, i tomando unos i otros de ella, la enseñanza será concreta, viva, realista, educadora, preparará de verdad para la vida. El señor Schneider eligió bien los temas de esta enseñanza, i solo habria algun detalle en que insistir, pidiendo con mas fuerza que se aproveche cada ocasion para dar nociones de higiene, de moral i de civismo.

Sabido es cuán absurdo es el modo de vivir de la mayoría de las jentes i cómo, en el hogar i en la sociedad, se reciben ejemplos funestos en contra de la salud. Por lo mismo, es deber del colejio trabajar sin descanso por difundir las leyes hijiénicas, por luchar contra los hábitos malsanos i procurar la adopción de los que han de prolongar la vida. Sin salud, no hai éxito completo. Además, una existencia sana es garantía de moralidad.

La enseñanza moral i cívica,—dada no en clases especiales sino cuando la ocasión se presente,—contribuirá a mejorar la disciplina del colejio, a suavizar las relaciones de familia i a imbuir al niño la idea de que desde luego es un ciudadano que tiene deberes inmediatos que cumplir, a infiltrarle el sentimiento de que cada uno puede i debe ser útil, precisándole los medios de conseguirlo.

También podría indicarse con más relieve la educación de los sentimientos, armonizándola con la intelectual, haciendo notar que es preciso *conocer i amar* la familia i los ciudadanos, la localidad i la patria, el arte i la naturaleza.

El señor Schneider, que comprendía perfectamente que el más valioso saber no se adquiere en la sala de clase, indicó la conveniencia de las escursiones, «principalmente en primavera», es decir, más numerosas en esta estación, pero sin descuidarlas en el otoño i en el invierno. I tanta confianza tenía en el resultado de las escursiones, que afirmaba con arrogancia: «Una escursión bien dirigida vale a veces más que seis clases en la sala». Con la expresión «bien dirigida» aludía a que debía ser preparada de antemano por el profesor, visitando previamente los lugares que debía recorrer con sus alumnos i tomando nota de los puntos a que debería llamar la atención de ellos. Estas escursiones de la Preparatoria, no diré que deben ser un auxiliar; sino la manera preferente de enseñar la Jeografía, la Historia, la Botánica, la Zoolojía. Buenas son las láminas mostradas en clase, pero mejor es la intuición contemplando la realidad; bueno es mirar un instante de la vida reflejado en el cuadro, pero mejor es mirar la existencia misma en su atrayente i sujes-

tiva variedad. El señor Schneider nombra esplicitamente estos ramos al referirse a las escursiones. Creo que, dada la amplitud de criterio que lo distinguia, no rechazaria el agregado que me permito hacer de que las escursiones deben estenderse para dar a conocer el comercio, la industria i la vida administrativa de la localidad, con la seguridad de que esta inspeccion ocular puede prestarse no a una leccion verbal, teórica, de moral, sino a impresiones profundas del corazon, a enseñanza real i práctica del deber. En confirmacion de lo dicho, básteme citar el solo caso de una visita de un grupo de niños a una casa de huérfanos o a un asilo de ancianos, llevando a estos desgraciados junto con la palabra amable, el óbolo de la piedad.

De tal modo comprendia el señor Schneider la ventaja de observar la naturaleza, que no se contentaba con pedir, en Botánica, el uso de láminas, sino que recomendaba que en el mismo liceo se cultivara un jardin, o por lo ménos, se tuvieran algunas plantas en maceteros. Cuidar las plantas, seguir las en su desarrollo, es el medio de aprender Botánica i de contribuir a despertar el interes i el cariño por el mundo vegetal.

Pudo añadirse tambien que se estimulara a los niños por medio de esposiciones, por ejemplo, a cultivar flores en sus casas. En Zoolojía, ateniéndose siempre al principio de mirar la vida, citó especialmente el estudio de las costumbres de los animales i de su manera de comportarse con el hombre.

Para hermanar la recomendacion hecha en Botánica, el señor Schneider debió indicar aquí la de criar algunos animales en el Liceo, insectos, pájaros, peces, conejos, palomas, gallinas, i que los alumnos hicieran en casa otro tanto.

Desde que el señor Schneider recomienda la observacion, es indudable que no se ha de estudiar en el invierno lo que se ve en el verano i vice-versa. Es evidente que debe distribuirse la enseñanza segun la época. Tal es la intencion del señor Schneider; pero conviene mostrarla mas ostensiblemente, recomendando a los señores profesores de la

Preparatoria que dentro de la libertad que atinadamente les otorgan los Programas, ajusten los estudios a cada estacion del año.

La primera característica de los Programas del señor Schneider la encuentro en el espíritu de realidad con que informa los estudios. Es un golpe mortal para los estudios de memoria. Es un ensalzamiento de la dignidad humana.

La segunda la constituye esta sabia declaracion: «Otro fin esencial de esta enseñanza es desarrollar el poder i la destreza de los niños, i demostrarles que son ya capaces de hacer muchas cosas».

Por desgracia, el señor Schneider no desarrolló su idea; fué tímido al aplicarla, pues se circunscribió al dibujo i a esperimentos de física. Por cierto que ya era revolucionario pedir que los niños del Curso Preparatorio dibujaran, se ejercitaran en tomar dimensiones, que hicieran ellos mismos esperimentos de física, en una época en que el aprendizaje era de memoria, en que jamas se ejercitaba la actividad del niño, i los gabinetes de física i química se guardaban con sagrado misterio en estantes empolvados, i allá, en ocasiones solemnes, solia el profesor hacer, a la distancia, un esperimento que los alumnos presenciaban sorprendidos.

Mui bien indicados el dibujo, los ejercicios de mensura i los esperimentos de física; pero esto es poco para satisfacer la naturaleza activa del niño, comparada con razon por Comenius a la de las hormigas, siempre ocupadas, arrastrando, trayendo, recojiendo, construyendo o demoliendo. Centenares de años hace que los pedagogos reclaman la educacion de la mente i de la mano del niño; i decenas de años hace que Alemania, Inglaterra, Francia, Estados Unidos, cediendo a sus insinuaciones, han introducido en los colejos los trabajos manuales. Entre nosotros mismos, han penetrado en la escuela primaria. Es estraño notar su ausencia en las Preparatorias, i estimo un deber su introduccion. Los trabajos manuales tienen valor hijiénico: juntamente con la gimnasia, los juegos i los paseos escolares deben contribuir a la salud de los alumnos, dando trabajo a los músculos, en compensa-

cion de la vida sedentaria i de la actividad cerebral. Tienen valor moral, porque enseñan la dignidad del trabajo, dan confianza en sí mismo i facilitan el empleo de los ratos de ocio en ocupaciones gratas i favorables.

El aburrimiento, el hastio, la inmoralidad no penetran donde se saben ocupar los ratos de ocio con trabajos manuales entretenidos i provechosos a un mismo tiempo. Si no fuera por otras razones, por esta sola de dar una salvaguardia de moralidad a la juventud, deberian introducirse los trabajos manuales i las horas desocupadas no serian causa de decaimiento físico i moral, sino de enerjia, de pureza, de vida.

Tienen valor práctico porque desarrollan el ingenio i la destreza de la mano i permiten la ejecucion de objetos útiles.

I a este respecto me parece oportuno recordar que la historia de los grandes inventores enseña el provecho inmenso del uso temprano de las ocupaciones mecánicas. Isacc Newton, aunque comparativamente torpe como discípulo, era mui asiduo en el uso de la sierra, el martillo i el hacha. Creció golpeando i martillando, haciendo modelos de molinos de viento, carruajes i máquinas de todas clases, mesitas i alacenas con anaqueles para sus amigos. Smcaton, Watt i Stephenson fueron igualmente diestros cuando fueron niños; i si no hubiese sido por esa clase de cultura propia en su juventud, es dudoso que hubieran podido realizar tanto en su edad viril...

Hasta en aquellos hombres que, pertenecientes a la clase de trabajadores manuales, se han elevado sobre ella i se han hecho trabajadores mas puramente intelectuales, se han visto las ventajas de sus primeros pasos en este sentido.

Dice Elihu Burrit que halló necesario el trabajo fuerte para ponerse en estado de poder estudiar con éxito, i mas de una vez dejó de enseñar en la escuela i de estudiar, para tomar otra vez su delantar de cuero i volver a la fragua i

yunque del herrero, para la salud del cuerpo i distraccion de su espiritu (Smiles, Ayúdate).

En el aprendizaje de los ramos científicos i aun literarios, tienen aplicacion, pues aquél será mas completo si el niño, ademas de ver el objeto de que se trata, tambien lo hace; si las lecciones de Jeometría, Física, Química, Botánica, Zoolo-
jía, así como las referencias a la agricultura i a la industria, van seguidas de la tarea de elaborar, por ejemplo, un decímetro cúbico de cartulina, construir una plomada o un anillo de Gravesande, hacer una cristalización, recortes de animales dibujados en papel, modelado de flores, un arado o un pequeño molino de viento. Tal pretension no es ilusoria, i la multitud de obras sobre trabajos manuales, como la de don Martin Scheneider (Santiago, 1888), la de Alcántara i Leal (Madrid, 1903), la de Dumont et Philippon (Paris Librairie Larousse), la de Jully i Rocheron (1903), etc., etc.; los artículos diseminados en nuestras propias revistas escolares gradúan las ocupaciones manuales empezando con los niños de dos años.

En Estados Unidos la historia de la civilizacion se enseña en las escuelas por medio de trabajos manuales, haciendo revivir la existencia primitiva i mostrando los progresos materiales realizados hasta el presente. Tambien en las clases de idioma patrio se halla motivo para que los niños fabriquen algo con papel, alambre, madera, arcilla. . . Es que aprecia el valor educativo de los trabajos manuales para comprender i fijar las ideas, para despertar el interes, para enlazar los conocimientos i hasta para la disciplina. «Es mas fácil, se dice, mantenerla en sala de trabajos manuales con diez niños que con tres en otra asignatura».

Nos halagamos repitiéndonos que nuestra enseñanza es objetiva: no alcanza a ser una verdad a medias semejante creencia. Para que nuestra enseñanza sea objetiva del todo, como debe serlo, es indispensable que en ella figuren los trabajos manuales.

Intencionalmente no he mencionado la utilidad de estos trabajos para aprender un oficio, porque, de acuerdo con la

idea fundamental de los Programas de Preparatoria de atender al fin formal de la enseñanza, he querido sólo mostrar que concurren a dicho fin.

Apoyándome en las precedentes observaciones, me parece lógico solicitar que se conceda algún espacio a los trabajos manuales en el Curso Preparatorio; lo que precisamente está dentro de la letra i el espíritu de los Programas vijentes.

Mientras se toma en consideracion esta idea,—si es que sea digna de fijar la atencion del señor Rector i del Honorable Consejo de Instruccion Pública,—sería de desear que ser encomendara a los Liceos se pusieran en práctica con mas rigor las indicaciones pedagógicas contenidas en los Programas de don J. E. Schneider.

Saludo respetuosamente a Ud.

M. SALAS MARCHAN,
Rector.

Al señor Rector de la Universidad.
